

## El Ilmo. Sr. Lic. D. José M. Mora y Daza,

OBISPO DE PUEBLA.

(APUNTES BIOGRAFICOS).

Ensayo, dedicado á mi muy querido amigo, el Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

### I.

El Ilmo. Sr. Lic. D. José María Mora y Daza, varon espiritual, espejo clarísimo de virtud, es el trigésimo Obispo, á quien la Soberana Providencia concedió el difícil cargo de apacentar la numerosa grey angelopolitana. Dos años lleva apénas en el desempeño de su cometido, y en ese tiempo no sin justicia ha sabido atraerse la veneracion y aprecio, áun de los gratuitos enemigos de la religion, que en él ven el más fiel trasunto del discípulo de Jesucristo. Y perdónenos el ilustre Diocesano, que, al consignar en estas pobres líneas la merecida fama de sus virtudes, pasemos por lastimar más de una vez esa humildad y esa modestia que tan singularmente le caracterizan: la gloria de Dios y el honor del Episcopado mexicano van en ello.

### II.

La bella y pintoresca ciudad de Jalapa, joya de la veracruzana tierra, país pródigamente enriquecido por naturaleza, lugar que nuestra alma recuerda con emocion y agradecimiento, cuna, en fin, de esclarecidos varones, fué la de nuestro Obispo, uno de los vástagos de respetabilísima familia, de la que fueron virtuosos jefes los señores Don Joaquín Mora y Doña María Teresa Gomez Daza. Vió aquel la luz del mundo el día 16 de Abril de 1820, época si no muy venturosa, no tan aciaga y corrompida como la presente, infatuada con el título que cree haber adquirido al respeto y admiracion de todos, gracias á sus ruidosos pero vacíos vitores al progreso, con cuya causa, que parece haber tomado á pechos, ha enloquecido, y gracias tambien á su insolente y necio alarde de excepticismo, que es la reina de las modas en estos días. Setenta años atrás, todavía la educacion

doméstica descansaba en la firme base del santo temor de Dios, que no en la deleznable del apego á la ostentacion y á las vanidades; era todavía aquella una educacion eminentemente cristiana; era—para decirlo de una vez—la educacion tal y como deben de haberla entendido y practicado los venerables patriarcas de los tiempos bíblicos, que la historia y la religion nos dicen:

Hízose así con el niño José María, y pronto en su tierno corazon, ántes que los caprichos y veleidades de la edad primera, pudo verse despuntar una disposicion brillantísima para la virtud, disposicion que fué creciendo con los años y cada vez se acentuaba de mil maneras. Los juegos y pasatiempos de la niñez no ejercian, como las cosas de Dios, tanto atractivo en el ánimo del niño, y era de verle entregado á repetir en casa los actos y ceremonias religiosas que veia practicar en el templo, al lado de su santa madre.

Pronto, pues, del tierno pimpollo brotó la blanca flor de la devocion, despidiendo el más suave y exquisito aroma... como que el delicado arbusto habia sido atendido con religioso esmero, á fin de que no al soplar el huracan le sorprendiese débil y hasta quebradizo; pronto, tambien, aquel que iba acercándose á la adolescencia tuvo la aptitud, suficiente para poder ser iniciado en la carrera de las letras, ya que tanto habia avanzado en la de la virtud. El Colegio Seminario Palafoxiano, roble vetusto de prodigiosa existencia, fué el lugar donde el jovencito Mora principió y terminó con todo lucimiento la carrera de la abogacia, distinguiéndose por su inteligencia, docilidad y empeño; lo cual le valió, amén del aprecio y consideracion de maestros y conolegas, el primer lugar en todos los cursos



Ilmo. Sr. D. JOSÉ M. MORA Y DAZA, Obispo de Puebla.



y la *beca de honor* que vistió en premio de sus afanes.

Sirvió despues en el mismo Colegio, con éxito no comun, la importante cátedra de Sagrados Cánones, en cuya facultad formó discípulos tan aventajados como, entre otros, el ilustrado Lic. Sr. D. Juan N. Guarnero, actual Prebendado de la Santa Iglesia Catedral y Provisor de la Curia eclesiástica de este Obispado, y el no ménos ilustrado, aunque modesto jurisconsulto, D. Pedro W. Rangel. El Sr. Mora habia desempeñado ántes con igual éxito las clases de Latinidad y Filosofía en el antiguo y renombrado Colegio Carolino, hoy del Estado, en esta ciudad de Puebla.

Llegó por fin el momento en que, fiel á las simpáticas tendencias que desde niño habia amamantado en su alma; y dócil á la voluntad divina, se resolvió á iniciarse en las sagrados Ordenes, recibiendo, en Diciembre de 1851, el Presbiterado, poco despues de haberse hecho abogado, previos los exámenes que con el rigor y escrúpulo de antaño se concedian.

### III.

Si grandes habian sido los triunfos alcanzados en el difícil ejercicio de su nobilísima profesion por el letrado, mayores habian de ser, como en efecto han sido, los que en el muy más difícil del santo sacerdocio el jóven ministro del Altísimo conseguía, edificando con su piedad, animando con su ejemplo, convenciendo con su palabra, secuestrando los corazones con la mágica virtud de su ardiente caridad é inalterable y exquisita benevolencia. Dióse, pues, por entero el nuevo sacerdote al cumplimiento de sus obligaciones, redoblando su celo y entusiasmo en la administracion de la Vicaría foránea de Jalapa, hoy capital del Estado y Diócesi de Veracruz, á donde fué enviado, en 1853, á los dos años de su ordenacion. En 1854 obtuvo, mediante concurso, su nombramiento en propiedad para aquella misma foranía.

Nueve años permaneció al frente de su Iglesia el nuevo cura de almas, ganándolas para el cielo; él, que tan lejos estaba de ser más tarde quien, por disposicion divina, habia de ocupar la Si-

lla que, á su muerte, dejaría vacante allí mismo, en Jalapa, el inolvidable y santo Sr. Suarez Peredo, dignísimo primer Obispo de la mencionada Diócesi. ¡Admirables disposiciones de la Providencia!

Llegó en esto el año 1862; y, fresca la fama de las virtudes y aptitud del Vicario foráneo de Jalapa—de que muy anteriormente habia dado ya pruebas en la administracion, aunque azás interina y transitoria, de otras dos parroquias, la del Santo Angel de esta ciudad y la foránea de Santa Inés Zacatenco, las que habia servido como coadjutor,—trájosele á la capital de la entonces extensísima Diócesi, encargándosele San Márkos, la más ameritada, sin duda, de las cuatro que tiene la ciudad de Puebla. Justo galardón alcanzado en sus fatigosas tareas por el ilustre párroco.

Empero, muy debido era tambien que no parase allí la série de honores, recibidos por él con entera humildad cristiana, sin la menor muestra de orgullo, sin la más leve alteracion en el carácter, sin ostentacion, en fin, sin alarde. Así fué, que á los dos años de estar administrando la difícil parroquia de San Márkos y San Sebastian, el Sr. Cura Lic. D. José María Mora y Daza mereció que el Illmo. Sr. Dr. D. Carlos María de la Colina y Rubio, exclarecido Obispo, que tan gratos recuerdos para siempre jamás dejara entre los poblanos, le nombrase su Secretario de Cámara y Gobierno, cargo que fué desempeñado con la misma dedicacion, asiduidad y habilidad que los curatos de que se ha hecho mérito.

Corria por entonces el año 1864, cuando el Sr. Mora y Daza tomaba tambien posesion de una Prebenda en el Coro de esta Santa Iglesia Catedral, en la que por riguroso ascenso llegó á ser Canónigo.

Las santas fatigas del antiguo párroco pasaban, si cabe, por una lijera tregua; dijéramos mejor, que habiáanse trocado por otras nuevas, de no muy distinto género, y eran las que traía consigo el despacho del sinnúmero de negocios, á cual más árduo, delicado, y espinoso, que en esta curia eclesiástica se han ventilado.

### IV.

Dios es el árbitro de los destinos.

Plugo, pues, á su Magestad divina ordenar que el virtuoso Canónigo, tan querido en Puebla, tan solicitado y seguido, fuese nuevamente trasladado á su ciudad natal, donde, para gloria del mismo Dios y bien de las almas, resplandeciese, no empero con la simple sencillez y virtud del párroco, ni con la honrosa investidura de una prebenda ó una canongía, sino con la gran sabiduria, dignidad suprema, severa magestad y tino especialísimo del obispo. El antiguo y ejemplar párroco de Jalapa, despues Canónigo ameritadísimo de esta Santa Iglesia Catedral de Puebla, el Sr. Lic. D. José María Mora y Daza, volvería á pisar el suelo de sus queridos lares; más no de nuevo para administrar, sino empuñando el sagrado báculo del poderío, cifiendo la mitra de la dignidad y levantando la diestra, armada con el anillo del Pescador, para bendecir al pueblo; para confirmar al neófito en la santa gracia del bautismo, para abrir el tesoro de las mil que guarda la Santa Madre Iglesia, y, últimamente, para imponer esa misma diestra sobre la humillada cabeza de aquellos que, al llamado del Señor, se acercasen á recibir el poder de atar y desatar las conciencias acá abajo! El Illmo. Sr. Mora fué preconizado Obispo de Veracruz en Marzo de 1870, y en ese mismo año, despues de su consagracion, que se verificó el 17 de Julio, partió el día 4 de Diciembre á tomar posesion de su Obispado, en donde se le recibió con señaladas muestras de regocijo.—Un paréntesis: ocho años habian transcurrido apénas en 1878, en que por primera vez tuvimos el gusto de visitar Jalapa, y maravillónos sobremanera el ver que las rudas tareas del episcopado eran, sin duda, las que habian tornado gris el negro y sedoso cabello del dignísimo Prelado, cuyas facciones, que no muchos años ántes acusaban todavía el vigor y lozanía de la juventud, ya habian comenzado á marchitarse visiblemente.....

El acto solemne de la consagracion tuvo lugar en presencia de un numeroso concurso, que desde las primeras horas de la mañana—era la de un domingo—habia invadido las extensas naves de nuestra magestuosa Catedral, manteniéndose mudo pero conmovido espectador de la ceremonia.

### V.

Una vez al frente de su Obispado el Illmo. Sr. Mora, no hubo sacrificio para él, costoso, ni fatiga que no desease ni expediente que no buscara, ni carga ó trabajo, en fin, que desechase con el hastío ó la indolencia del perezoso y débil, siempre y cuando de la gloria de Dios se trataba. Soldado de Cristo, debia luchar con brío; discípulo, debia honrar al Maestro; padre, debia enseñar con el ejemplo; apóstol, debia anunciar la buena nueva, anteponiendo á todos los intereses del Crucificado, siquiera fuese arrostrando con el desprecio, con la calumnia, con el odio, con todo linaje de peligros, aun el de la muerte misma. Sangre y lágrimas fueron menester para redimir al mundo; sangre y lágrimas, para fecundizar la tierra, de donde, entre abrojos, debiera brotar el Cristianismo; sangre y lágrimas, para sustentar el árbol: lágrimas de sangre son menester ahora para sostener la portentosa obra del verbo de Dios, hecho hombre por el hombre.

Por esto eran tan grandes los tropiezos y dificultades que al Obispo de Veracruz aguardaban en el gobierno de una Iglesia entrada apénas en el primer período de su formacion, y teniendo que luchar en aquella parte del país, quizá más que en otra alguna, con las profundas divisiones y antipatías en mal hora sembradas por el inconciliable enemigo de nuestra raza, por el poderoso *yankee*, por el eterno propagandista de esa asquerosa *religion* de los sentidos que se llama protestantismo. Mas ¿acaso no habria de ganar ánimo el novel Pastor, considerando que era el Espíritu Santo quien para aquel gobierno le habia elegido? ¿Acaso no tenia tambien presente la consoladora promesa del divino Salvador, de que El mismo les acompañaría, y enviaría sobre sus Apóstoles y en ellos sobre los Obispos á ese Soberano Espíritu, para aconsejarles, alumbrarles y sostenerles?

No bien, pues, oprimió sus sienes el formidable peso de la sagrada Mitra, acometió con fé el ímprobo trabajo de arreglar la *congrua* de su Obispado, que carecía aun de los fondos más precisos. Consiguió su objeto, y promovió en seguida la eleccion de dos eclesiásticos que viniesen á aumentar en el Coro de la Catedral el número de cuatro Canó-



nigos que ya existían. Estas dos importantes mejoras—muy en especial la primera—sirvieron como de introducción á otras muchas que había de ir estableciendo durante la época de su administración. Entre ellas merece recordarse, en cuanto á la Catedral, la de haber hecho subir el Coro á la parte posterior del presbiterio, trayéndole del medio de la nave principal de la iglesia, donde fué á encontrarle formado sobre una especie de zocalillo, no sabemos si de piedra ó de madera. Fuerza es confesar que el templo principal de Jalapa, ó sea, la Iglesia Catedral, ántes parroquia, aunque no tan pequeño ni de tan desagradable aspecto, no se presta ni mucho ni poco para hacer en él todas aquellas combinaciones y distribuciones que convienen en las Catedrales; empero, harto fué lo que ganó con la nueva situación del Coro; más con el hermoso ciprés de reluciente mármol, que vino á sustituir al antiguo y pobrísimo pié de altar de madera que en medio del presbiterio se levantaba, sosteniendo un tabernaculillo del más depravado gusto; más aún, con otros dos preciosos altares laterales, también nuevos y de mármol, y mucho más, en fin, con el vistoso embaldosado de la misma piedra, construido con la cooperación del vecindario de Jalapa, y el cual S. S. I. dejó muy adelantado al separarse de allí para venir á Puebla.

Precisamente á causa de lo inadecuado que halló para el objeto el antiguo templo parroquial, trató con mucha instancia de ver cómo se hacía de una gran plazuela, no muy retirada del centro de la ciudad, lugar en el cual soñaba que podría levantar su Catedral, contando para ello con ofrecimientos que eran muy de tomarse en cuenta. ¡Imposible! Las dificultades que encontró no eran para ser vencidas, y más tarde, á fines de 1878 ó principios de 79, presenciábamos el animado estreno del suntuoso Mercado "Jáuregui," construido en aquel sitio por el Ayuntamiento. La plazuela de que se trata era la conocida con el nombre de "La Constitución."

El Ilmo. Sr. Mora dotó á su Catedral de vistosos y decentes paramentos; de cuatro hermosas lámparas, tamaño muy regular, de cristal y metal dorado; de unos vistosísimos blandones y ma-

netones con ramilletes, imitación de metal; de cuatro grandes y lujosos gallardetes de damasco carmesí para la cúpula, y en fin, de otra multitud de útiles necesarios para el servicio del mismo templo, ya ordinaria, ya extraordinariamente, en las grandes festividades. Estas, á que casi siempre gustábamos de concurrir durante nuestra permanencia de cerca de dos años en Jalapa, las hacía celebrar aquel Prelado con una magestad y pompa que conmovía, que alegraba, que enamoraba. Tratábase de honrar á Dios, y era menester no quedarse atrás en la manera como el mundo honra y festeja, digamos mejor, adula á sus soberanos.

Pasemos á otro punto.

#### VI.

Vamos á destinar una corta parte de nuestra reseña al Seminario. Nos es tan grato consagrar un recuerdo á aquella casa! Es ella tan acreedora á nuestra simpatía, gratitud y afecto!.....

Era como seguro que el continuo afán y desvelo con que el ilustre Prelado veracruzano veía por el mejoramiento, así moral, como material, del benéfico plantel, al que desde los principios impartió la protección más amplia que imaginarse quiera, diese el apetecido fruto de levantarle al nivel de los mejores colegios de nuestra República, siendo en la actualidad como un foco de virtud y ciencia, cuyos resplandecientes rayos lo mismo han alcanzado al altar que al foro, á la tribuna y hasta al anfiteatro.

En una obra de tanta magnitud y trascendencia, como era la restauración del Seminario, el Ilmo. Sr. Mora contó siempre con el apoyo y cooperación de los señores Canónigos de su Santa Iglesia Catedral; más entre ellos merece muy especial mención el que con gran sabiduría y acierto, há nueve años que gobierna el establecimiento, y es el Sr. D. Antonio Pérez y Amador, sacerdote de ejemplar conducta y honrosísimos antecedentes, envejecido en la práctica de la virtud y en el estudio.

El local que sirve para el Seminario, situado en la calle 1.<sup>a</sup> de Díaz Covarrubias, antigua del Calvario, de bajos solamente, como lo son en su mayor parte los edificios de la poética y graciosa ciudad de las flores, carecía hasta

1878 de las comodidades que son tan indispensables en establecimientos como el que nos ocupa, sin embargo de haberse conseguido mucho con trasladarle del punto en que desde su fundación había estado..... ¡un lugar mezquino, sucio y desmantelado, próximo á las ruinas del antiguo convento de S. Francisco! En efecto, el nuevo local llegó á tener un patio principal, pequeño, sí, pero azas alegre, formado por cuatro corredores de graciosos arcos y columnitas de mampostería; una capilla de bastante capacidad, donde jamás falta la Misa; un refectorio; dos dormitorios de regulares dimensiones, y un extenso y hermoso salón, única pieza alta que había en la casa, oportunísimo por el encantador panorama que desde ahí se ofrecía á la vista, y que colindaba con dos patios, el uno de ellos, demasiado grande, sin objeto. Más, á fines del citado año se comenzó á construir con toda diligencia en este último un nuevo edificio que debía comunicar con el anterior y dar una capacidad amplísima al Seminario, distribuyéndole en cuatro plantas, alta y baja, en cuadro, con hermosos corredores, también de arcos y columnas.

La obra fué por demás azarosa y llena de dificultades; empero, nada hacia decaer el ánimo del entusiasta Prelado, ni de su entendido y activo colaborador.

El Colegio Seminario de Veracruz contó desde entónces con las condiciones más apetecibles y ventajosas; el Seminario de Veracruz pudo aspirar ya sin rubor al honor de ser inscrito en el catálogo de los más notables establecimientos de su especie, dado que también la ciencia y la moral progresaban en él notablemente, y agregar, por último, una al sinnúmero de pruebas que la Iglesia católica ha dado siempre de ser, como el que más, amante y decidida protectora de las mejoras y los adelantos.

#### VII.

Esto por lo que vé á la ciencia; en cuanto al cuidado espiritual de su rebaño, el Ilmo. Sr. Mora llevó su celo pastoral á una altura que bien se demostraba en los rápidos progresos que iba obteniendo al seguir las huellas de su ilustre predecesor, denodado apóstol de la oración y la predicación. Visitó,

pues, todos los curatos de la Diócesis, con excepción de dos ó tres, áun aquellos que distan de la Sede episcopal más de cien leguas, atravesando á las veces por montes ó breñas, cuando no cayendo que levantando al pisar en los peligrosos accidentes de terrenos, ó barrocos ó totalmente encenegados. ¡Era la sublime caridad cristiana desafiando el peligro, dando valor al espíritu, fuerzas á la carne, que flaqueaba y desfallecía!..... Al cabo, cierta ocasión el celoso Pastor tuvo que caer, causándose con el golpe mucho daño en una pierna, de la que todavía estuvo padeciendo largos meses.

#### VIII.

Las cosas, entre tanto, iban á cambiar de curso. El Ilmo. Sr. Mora—valiéndose de una graciosísima expresión que, refiriéndose al Ilmo. Sr. Montes de Oca, en una conversación le oímos;—el Sr. Mora, volvemos á decir, era, á la verdad, *mucho obispo para tan poca diócesis*. Puebla acababa de perder el suyo, que lo fué el Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco de P. Vereá, de respetable memoria; y en su orfandad, gemía y suspiraba, y bendecía la hora en que, de un momento á otro, parecióle ver entrar por sus puertas al enviado del Señor, que viniere, mensajero de la paz, á distribuir el sabroso pasto de las almas. ¿Saludaria Puebla como á su futuro Obispo á un Montes de Oca, á un Moreno, quizá á un Monseñor Gillow, según que llegó á creerse? ¿No se acordaría para nada del antiguo Canónigo D. José María Mora y Daza, á quien había distinguido con toda su adhesión y aprecio?.....

Ello fué, que la Santidad del Señor Leon XIII tuvo á bien nombrar, con gran beneplácito de la Diócesis, Obispo de Puebla, sucesor del Ilmo. Sr. Vereá, al siempre querido y respetable Obispo de Veracruz, al Ilmo. Sr. Lic. D. José María Mora y Daza. Esto ocurrió hácia el mes de Noviembre de 1884; en 15 de Febrero del siguiente año, á las diez de la mañana de un domingo, el nuevo Obispo de Puebla hacía su solemne entrada á la ciudad de este nombre en medio de un regocijo universal, sólo comparable con el que se notó el día que de igual manera vino por primera vez á Puebla allá por 1864, el infortunado Emperador Don Fernando Maximiliano de Austria.



Este es el lugar de un episodio que pronto circuló en la ciudad con la rapidez del rayo, y que era cual la señal que se nos daba de lo alto para conocer, como si dijéramos, de una sola ojeada al justo que venía á gobernar nuestras almas. Es el caso, que habiendo expresado el Ilmo. Sr. Mora su disposición y deseo de entrar á Puebla sin ruido, sin aparato, sin preparativos de ningún género, la comisión de católicos, que previamente se había formado para organizar una fiesta popular digna del acontecimiento, sabedora de aquella determinación, marchóse á México, donde á la sazón se hallaba el Ilmo. Sr. Mora, para suplicar al Prelado Metropolitano interpusiese su influencia, haciendo al primero consentir en diferir su entrada hasta cuando hubiese terminado aquí la administración pública de entonces, que de años atrás tenía prohibido el uso de las campanas, pues aún había temor fundado de que se estorbasen cualesquiera otras demostraciones con que Puebla se preparase á recibir á su nuevo Pastor y Padre. Dicese que por de pronto el modesto Prelado manifestó alguna pena; pero muy luego, cediendo á la fuerza de la razón, se sometió con estas palabras: "Hágase la voluntad de Dios! Iré á Puebla cuando y como se me diga."—Era la primera prueba de consecuencia, amor y consideración hacia los poblanos.

Y sucedió como se deseaba. Dispusieron las cosas para recibir dignamente á tan deseado Obispo, cuando con el cambio de administración, comenzó el Catolicismo á disfrutar de algunas concesiones y garantías, de alguna libertad siquiera.

¡Linda, memorable mañana, aquella en que la ciudad levítica se presentó, al recibir el ósculo de la aurora, ataviada con el lujo y magnificencia que acostumbra para celebrar algún hecho que diga relación con el Catolicismo! La vista se extasiaba y como que se perdía cruzando al través de la encantadora perspectiva que se dilataba cuan largas las calles eran; donde parecía, cual si se balanceasen unas á manera de olas formadas por una multitud compacta de arcos, banderitas y colgaduras de cien colores. Flameaba en lo alto de muchas azoteas el hermoso pabellon de Iguala, y una ancha faja

tricolor de reluciente seda ceñía en muchas partes la flotante cortina blanca que colgaba de los balcones. No se veían, es verdad, en el tránsito que recorria el Prelado, filas militares que le hiciesen ningunos honores; no se escuchaba el clamor de clarines, ni el redoble de tambores, que su llegada anunciase; séquito alguno de tropa le acompañaba, ni el suceso de aquella mañana era anunciado por la ronca y magestuosa voz de los cañones.... Había, en cambio, todo un mundo de corazones que le amaban; mil y mil lábios que le bendecían; ojos que derramaban llanto; había, en una palabra, un numeroso pueblo de creyentes que conducía como en triunfo cantando alegres *hosannas* á aquel que en el nombre del Señor venía para sostenerle en los refidos combates de la vida! Dianas, repiques, cohetes, atronadores *vivas*, flores, apifados grupos que agitaban por el aire vistosas banderitas tricolor y azul y blanco, y, entre la confusa gritería, en que el frenético entusiasmo estallaba las notas, ora claras, ora vagas como lejano eco, del popular Himno Nacional.... Nada, faltó, nada para hacer poéticamente alegre, hasta lo increíble animada, la simpática fiesta del 15 de Febrero de 1885.

¡Singular contraste! Puebla reía y gozaba, en tanto que Jalapa se entregaba al justo dolor en que la acababa de dejar sumida la separación del virtuoso Obispo jalapeño!....

El Ilmo. Sr. Mora se dirigió inmediatamente á la Catedral, en donde lo recibió el V. Cabildo eclesiástico, para acompañarle á un solemne *Te Deum*, que se cantó con asistencia de un gran concurso. El pueblo escuchó en seguida, en medio del más piadoso recogimiento, las palabras de amorosa exhortación que, presa de la conmoción, su amantísimo Padre le dirigía, recibiendo al último, de rodillas y por vez primera, la bendición pastoral de mano suya.

## IX.

El Nuevo Diocesano empuñó desde luego las riendas del gobierno de este Obispado, y pronto comenzaron á sentirse los beneficios de su prevision y tacto, con el concurso á que convocó el mismo año de su llegada, para la prevision de las foranías y parroquias,

vacantes en su mayor parte, desde épocas anteriores; pero aquellas á poco tiempo quedaron cubiertas por virtuosos, sábios y prácticos sacerdotes.

Volvió inmediatamente los ojos al Seminario, y conociendo las grandes reformas que había de hacer en él, no imputables, sin duda, sino á las circunstancias, pues que su antiguo Rector, el respetable Sr. Canónigo D. J. Guadalupe Torres, había vaciado, digamos así, en favor del establecimiento cuanto de inteligencia y cuidado eran capaces de despertarse con el amor á la ciencia y con una adhesión sin límites á aquella casa; fijándose en el Seminario, decimos, nombró una comisión compuesta de cuatro de los señores Capitulares más ilustrados, para que estudiando muy de cerca las necesidades de un colegio para él tan querido, se pusiese pronto y eficaz remedio. La respetable comisión presentó como fruto de aquel exámen una serie de artículos perfectamente motivados que previa la aprobación de la S. Mitra, sirvieron para reglamentar, así el gobierno económico del establecimiento, como el nuevo Plan de estudios (1) y la colación de grados en la Academia Teojurista de Santo Tomás de Aquino, conforme á la reciente concesión de la Santa Sede (2). Tal trabajo vino á hacer cambiar completamente de faz al Seminario. Dijérase que la antigua semilla sembrada por la mano del inmortal Palafox, y Mendoza acababa de producir un nuevo tallo, á tiempo que el vetusto y medio carcomido tronco caía como por ensalmo, y que muy pronto el delicado tallo había de dar su fruto, ufanándose con sus nuevas gracias, y creciendo y desarrollándose para honor de la religión y las letras.

Movido siempre de su ardiente celo por la educación de la juventud, y deseando que cuanto ántes fuesen un hecho para el Seminario los imponderables bienes que había de atraerle aquella concesión de Roma con la instalación de la mencionada Academia Teojurista de Santo Tomás de Aquino, dispuso S. S. I. que el acto de la inaugu-

[1] Entre las muchas y trascendentales reformas que se hicieron al antiguo Plan hay que tener presente el establecimiento de las cátedras de hebreo, griego, alemán, francés é italiano.

[2] El honor de haber alcanzado esta concepción se debe al Ilmo. Sr. Vereá.

ración se verificase, como se verificó en efecto, con una suntuosidad extraordinaria; la noche del 10 de Diciembre de 1885; declarándose entonces formal y canónicamente establecido tan honorable Cuerpo, cuyos miembros fueron traídos de lo más selecto de nuestro clero y de nuestro foro.

En Febrero ó Marzo de 1886 las cátedras superiores de sagrada Teología y Cánones instalábanse junto con la comunidad seminarista en un nuevo local de la calle de Belem, donde está la Iglesia de este nombre, que sirve también para los actos piadosos del Seminario. Dicho local, cuyo arreglo y disposición honra en gran manera al respetable y virtuoso Sr. Prebendado D. Prisciliano J. de Córdoba, actual Rector del Colegio, sirve á maravilla para su objeto. No se sabe, al visitar aquel edificio, que pudiera tomarse por un palacio—tales son el gusto y elegancia que por doquier se advierten;—no se sabe, decimos, qué admirar más: si el orden, acierto y belleza, ó la prodigiosa violencia con que se han llevado al cabo las importantísimas y radicales obras de reparación en lo que, hará apenas poco más ó menos de un año, no era sino una masa punto ménos que informe, un edificio próximo á desmoronarse.

Así son, así se realizan todas las obras de Dios; El mimo traza el diseño; El reúne á los operarios; El dirige la obra!

## X.

Para concluir consignaremos que á fuer de caritativo, nuestro amantísimo Prelado coopera empeñosamente para el sostenimiento de las escuelas gratuitas de la Sociedad Católica, de cuyas obras todas, igualmente benéficas y con mil ansias y denuedo heroicamente cristiano sostenidas, es muy apasionado. Tendríamos necesidad de alargarnos todavía muchísimo, si pretendiéramos examinar una á una las bellísimas cualidades que adornan á nuestro Prelado, Infatigable en la predicación; celosísimo por el culto; afable y benigno lo mismo con el poderoso que con el desvalido, con el libertino que con el arreglado, con el arrogante que con el humilde, con el sabio que con el ignorante; varon de singular prudencia; profundo conocedor de los corazones; cla-